

**ALEJANDRO  
WITKER\***

# **O'HIGGINS, PADRE DEL PUEBLO**

## *1. Héroe en la historia.*

El culto de los héroes representa uno de los aspectos más relevantes que conforman la tradición histórica de los pueblos.

La apreciación justa de esa tradición, desmistificada a través del estudio crítico, constituye una valiosa fuente de conciencia para el despegue de un gran proyecto nacional.

Efectivamente, todo proyecto nacional debe situarse en el marco concreto en que se propone en las condiciones heredadas de las que surgen las tareas y perspectivas de la transformación social.

La historia de un pueblo es un proceso ininterrumpido cuyos hilos conductores vertebran, en una misma estructura, el pasado, el presente y el futuro.

Al respecto, el historiador José Luis Romero explica: el tiempo histórico transcurre como el hilar de una artesana. En el huso, se enrolla el producto del trabajo realizado y que se incrementa incesantemente, uniéndose a través de las manos que hilan, en una esfímera instancia, con el vellón virgen que espera ser hilado.

En la comprensión del curso de la trayectoria de un pueblo, de la interdependencia que liga su pasado, presente y futuro, radica la verdadera utilidad del conocimiento histórico: conquistar luz y conciencia necesaria para transformar la sociedad.

Hablamos de la necesidad de ir a la desmistificación de la tradición para impulsar las energías nacionales de un pueblo. La desmistificación del culto de los héroes representa un capítulo destacado de la crítica histórica.

Conocida es la tendencia a presentar la historia como la biografía de grandes hombres. El brillo de los genios o el coraje de los bravos, reducen a la penumbra a sus propios pueblos y como soles luminosos impiden la observación de su escenario, de las fuerzas reales que representan, del sentido profundo de sus luchas. Sólo a ellos pertenece la gloria de las naciones y la fragua de la civilización. Allí no queda lugar para registrar al herrero de los jinetes legendarios, el sudor que hizo brotar el grano que alimentó las tropas, el oscuro fundidor de los cañones, la creación anónima del pueblo. Las hazañas se proyectan sin raíces ni explicaciones: el héroe se explica por el heroísmo y lo condiciona todo. Es el conquistador del mundo.

Conocida es también la tendencia a la sacralización de los grandes personajes. Una leyenda dorada convierte sus vidas reales en estampa de estatuas. Un repertorio de frases para el mármol congela sus ideas. Sus proezas se convierten en conmemoraciones rutinarias impuestas por el calendario.

La desmistificación crítica debe rescatar al héroe de la fábula para devolverlo a la historia. Debe situarlo en las profundidades del contexto social y de la atmósfera espiritual de su tiempo. Entonces el héroe alcanza su verdadera dimensión como expresión lúcida y consciente de las necesidades sociales. Asumiendo las tareas que la

vida exige, el héroe muestra su grandeza real. Sus virtudes resaltan en una conducta humana que conoce de los errores y debilidades. Es un hombre de carne y hueso con las aristas de todo los mortales y las cualidades de los hombres excepcionales.

## *2. Aproximación a O'Higgins.*

Nos ha parecido pertinente hacer estas consideraciones previas para nuestra aproximación a la vida y al legado de Bernardo O'Higgins.

Se trata de una clase más de nuestro curso sobre geografía de Chile, que venimos realizando, movidos por el interés de un grupo de compañeros por saber más sobre el paisaje físico y humano de Chile, su raíz nacional y sus valores.

Hemos incursionado por la loca geografía y tocado las andanzas del chileno en su aventura espacial y temporal. A vuelo de pájaro, hemos conocido valles, desiertos, montañas y océanos, las veleidades de sus climas y de su tierra inquieta, el trabajo laborioso de sus campesinos, mineros, pescadores; los asomos de la industria, los problemas y desafíos del desarrollo.

Lo hemos realizado con los pobres recursos de que disponemos y en circunstancias poco propicias para estudiar, pero aun así, hemos ganado algo para enriquecer nuestra chilenidad y nuestros sueños.

Nos hemos encontrado frente a la inequívoca realidad de un paisaje, cuya hermosura contrasta con las dificultades que ofrece para el trabajo. Los frutos del país hay que conquistarlos con un fuerte tributo de ingenio, disciplina y coraje.

Pero no sólo la geografía ha templado al chileno en su conciencia y carácter; también lo ha templado la historia. La conquista, cuando su origen fue un batallar de siglos; la emancipación, un prolongado parto; la república, un combate sin pausa por el progreso y la justicia.

En el contexto de esta trayectoria de luchas, sueños y banderas, Chile tuvo en la hora de su emancipación, al hombre que encarnó mejor sus aspiraciones nacionales: Bernardo O'Higgins, cuya vida fue un duro combate, desde su cuna hasta su muerte.

Apenas es necesario decir que nos parece ocioso y antihistórico la curiosa polémica de los que hoy se alínean, entre O'Higginistas y Carreristas, trasladando al pasado conceptos y visiones de nuestro tiempo. Cuando reconocemos el liderazgo de O'Higgins, no estamos pensando en opacar a Carrera ni en ignorar su papel decisivo en la ruptura del orden colonial ni a restarle los justos méritos que legítimamente le corresponden.

Más allá de las disputas que separaron a ambos próceres, está la obra de una misma jornada que los tuvo como los artífices más destacados.

Bernardo O'Higgins, hijo de su pueblo y de su tiempo, partió desde su origen contradiciendo los valores consagrados por el

\* Ex-director del Consejo de Difusión, Universidad de Concepción, Chile. Conferencia pronunciada en el Campo de Concentración de Chacabuco, el 20 de agosto de 1974, donde el profesor Witker estuvo prisionero del fascismo chileno durante un año.

orden existente: nació de un amor que la moral dominante de la época consideraba ilícito.

Su padre, don Ambrosio O'Higgins, fue un irlandés de notable carrera en la administración colonial. En 1771, llegó a Chile para desempeñarse como ingeniero, en 1796 ascendió a la mayor dignidad administrativa de la región: Virrey del Perú, luego de escalar diversos rangos, incluyendo el de Gobernador de Chile.

En cumplimiento de sus obligaciones en la Frontera, debió frecuentar la casa del Capitán Simón Riquelme, en San Bartolomé de Chillán. Allí conoció a doña Isabel, atractiva hija de su Capitán de unos dieciocho años. Don Ambrosio tenía cincuenta y siete. El idilio ha dado rasgos novelescos a este episodio de la historia nacional.

Las leyes vigentes impedían a los altos funcionarios contraer matrimonios que pudieran atarlos a los intereses locales, y doña Isabel debió soportar oculta su maternidad en condiciones de silenciosa represión moral.

Así nació el niño Bernardo, el 20 de agosto de 1778; fecha de su primera batalla contra el orden existente. Nadie conocía la identidad de los padres. Como dice Neruda, era "un niño que no sabe su nombre todavía".

Bernardo tenía cuatro años cuando su padre dispuso sacarlo sigilosamente de Chillán y trasladarlo a Talca sin que nadie supiera este destino. En Talca fue hospedado en una casa amiga de don Ambrosio encargada de atender su educación. Años más tarde, el padre dispuso el regreso del niño a Chillán y fue matriculado con el nombre de Bernardo Riquelme, en un colegio franciscano. Tenía diez años de edad.

Hacia 1790, don Ambrosio decidió trasladar al hijo a Lima para proseguir sus estudios. Fue sacado del colegio franciscano en un verdadero operativo: por la noche, oculto, y llevado por insospechados caminos hasta Talcahuano rumbo al Callao. Tenía doce años de edad.

Del Callao, fue embarcado a Cádiz. Allí, sintió muy fuerte el círculo de hierro de su ilegitimidad. Los tutores no disimularon el desprecio que les merecía la bastardía del muchacho. De Cádiz salió para Londres en busca de expectativas educacionales más promisorias.

En Londres lo esperaban nuevas incomprendiones y tropiezos. Las remesas para el estudiante se escurrían entre las manos de los tutores y la miseria lo llevó hasta vivir de la misericordia de un Capellán. Bernardo elevó sus quejas al tutor de Cádiz y a su padre: nadie respondió. La depresión y la pobreza lo cercaron dificultando sus estudios. No obstante, logró progresos en el estudio de inglés y francés, además, de recibir lecciones de matemáticas, historia, geografía, música, dibujo y manejo de armas.

Su profesor de matemáticas fue el venezolano Francisco Miranda, cerebro de una vasta conspiración destinada a liberar a la América del dominio de la Monarquía Española.

Miranda descubrió ante los ojos del joven Bernardo una imagen fascinante de la época: las corrientes ideológicas que expresaban en la superficie los profundos cambios que experimentaba la sociedad: el derecho divino de los reyes estaba cuestionado y la soberanía del pueblo era la nueva aurora de una humanidad asfixiada bajo la losa del absolutismo y la Inquisición.

Había llegado el tiempo de liquidar en América el dominio imperial y abrir las compuertas al progreso, a la dignidad y a la libertad.

Miranda reclutaba en Londres aliados para su proyecto y Bernardo, deslumbrado por el descubrimiento a que asistía, tomó su partido con apasionada sinceridad.

En 1799, Bernardo partió de regreso vía Cádiz.

Miranda le confió mensajes para sus amigos que se movían en la península y redactó para el joven discípulo una minuta cargada de sabiduría que tituló "Consejos de un Sudamericano a un joven compatriota que regresa de Inglaterra a su país".

El texto aconsejaba a O'Higgins, incorporar a los bravos campesinos del sur a la lucha libertaria; lo prevenía contra el conservadurismo de los mayores y la temeridad de los inmaduros; subrayaba su convicción que entre los hombres ilustrados, civiles o clérigos, ganaría aliados. Le ponía en guardia contra el desaliento, desesperación y desengaño que producen los obstáculos que debería remover los cambios políticos: la fuerza moral era tan necesaria como la espada. Creía en los hombres patriotas pero no los idealizaba.

Miranda concluía recomendando al joven Bernardo releer una y otra vez sus instructivas y luego destruirlas. Había que precaverse de los agentes del poder establecido para no caer en el pozo de sus suplicios.

Tales fueron, escribe Neruda, "los consejos de águila prudente que lo embarcaron en la historia".

Arriba otra vez a Cádiz. La frialdad de los anfitriones se mantuvo inalterable. Los caminos son tapiados por la marca de la ilegitimidad: las irregularidades de su fe de bautismo le cerraron las puertas de la Carrera de las armas a la cual aspiraba.

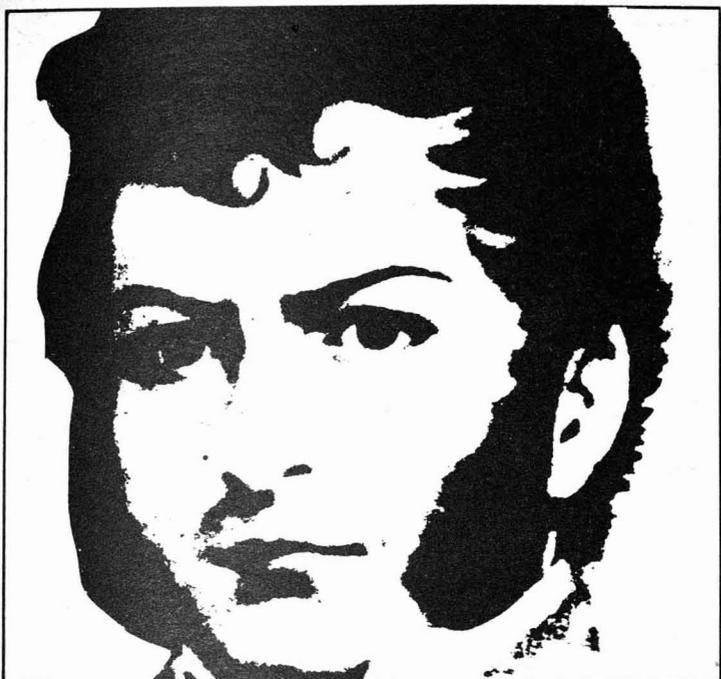
No tuvo más alternativa que resignarse al oscuro oficio de escribiente al servicio del tutor.

Comenzó a reunirse con los hombres que Miranda le había señalado.

En el 1800, se embarcó para América. La travesía fue una odisea. Barcos ingleses bloqueaban los puertos españoles como maniobras de la guerra que libraban ambas potencias.

Su barco fue capturado. El viajero chileno perdió su modesta valija y debió soportar largos días sin alimentación y dormir en el suelo. Al regresar a tierra, estuvo al borde de la muerte afectado de cólera.

Todo parecía conspirar contra Bernardo. Agobiado por la



miseria, angustia y soledad exclama: "Envidia siento, ver a todos mis paisanos recibir cartas de sus padres. Mas yo, pobre infeliz ¡de nadie!".

Cuando tuvo noticias familiares fueron amargas: su madre quedaba sola al morir el abuelo Simón; su padre, el brillante Virrey caía en desgracia y era destituido.

La Corona había recibido pruebas que el ignorado hijo del Virrey era un despreciable secuaz de Miranda. Don Ambrosio ordenó al tutor cancelar toda ayuda al descarriado y expulsarlo de su casa.

Bernardo, profundamente turbado, escribió al padre una carta que llegó al destinatario cuando éste había fallecido aplastado por el golpe de su caída. Le decía, entre otras cosas: "Soy mi propio peluquero y recuerde, vivo humillado como el último criado de la casa, llevo ropas de varios años y carezco de protección para el frío".

En la hora postrera, don Ambrosio se reconcilió con el hijo distante y lo declaró heredero de una cuantiosa fortuna.

Su vida tuvo un brusco ascenso, heredó la hacienda San José de las Canteras, unas dieciséis mil cuadradas, más cuatro mil vacas y más de quinientos caballos. Y además, podía ahora firmarse como Bernardo O'Higgins.

Cuando arribó a Valparaíso en 1802, tenía 24 años. Sus biografías nos han trazado los rasgos esenciales de su figura: rostro claro, ojos azules, pelo castaño, escasa barba, estatura mediana y anchas espaldas. Su personalidad ha sido caracterizada por su modestia, moderación, sinceridad y candorosa buena fe. El curso de los acontecimientos lo mostraron como un valiente excepcional: "el hombre más valiente que conocí en mi vida", recordó San Martín en su vejez. Su coraje estuvo muy por encima de su precaria capacidad como estratega militar. "Manejaba mejor la espada que el compás", decía Vicuña Mackena.

Hacia 1810, el Imperio Colonial Español sufrió un fuerte colapso: España caía en manos de Napoleón.

La captura de la Metrópoli abrió una brecha propicia para la culminación de una crisis que venía afectando las relaciones de las colonias americanas y la Metrópoli. Un cúmulo de contradicciones estimulaba las aspiraciones reformistas que venían madurando, aunque sin proponerse una ruptura total del sistema. Había demandas insatisfechas en la esfera del comercio, de las cargas tributarias, del manejo administrativo, de la participación criolla en el gobierno colonial.

Las guerras europeas venían desangrando a España desde hacía tiempo. Ahora Inglaterra ampliaba su hegemonía en el Atlántico y desafiaba abiertamente los intereses comerciales de la Península. España se aislaba de hecho de sus colonias y el poderío británico aceleraba su relevo ofreciendo a los americanos un nuevo pacto colonial. "La guerra de la Independencia", escribe Halperin, "es parte de un conflicto mundial sin el cual no hubiera sido posible".

El pensamiento americano tradicional venía siendo excitado por los propios afanes modernizantes de la Corona Española de fines del siglo XVIII. Los focos ideológicos de la Francia revolucionaria y del liberalismo norteamericano estimularon una actividad política inédita de la élite criolla. El viento ideológico foráneo no pudo ser contenido con el índice de libros prohibidos. Los epítetos de "afrancesados" fueron lanzados sobre los críticos, por los defensores del viejo orden.

Las presiones de los intereses económicos en pugna, las aspiraciones alentadas por las nuevas ideas, irrumpieron, pese a todo, con incontenible vigor, abriendo un nuevo cauce a la sociedad chilena.

O'Higgins fue, desde la primera hora, un protagonista destacado de este proceso. Puso en la lucha emancipadora su fortuna, capacidad y sincera vocación patriótica.

Conocida es su entrada en la arena política como diputado provinciano al que respaldaba un fuerte poder económico y el prestigio de su ilustración europea.

Agotada la discusión parlamentaria, estalló la lucha armada y en ella O'Higgins alcanzó la jefatura. Concitaba en torno suyo admiración por su bravura y el decisivo respaldo de criollos influyentes a los cuales no atraía el radicalismo y ni la embriagadora personalidad de Carrera.

Chile era por ese entonces, una pequeña nación de poco más de medio millón de habitantes. Santiago, un sombrío conglomerado urbano de unos cuarenta mil habitantes, con una que otra calle empedrada, sin alumbrado público, con algunas casas de dos pisos. La vida cultural era pobre y apenas alguna inquietud intelectual alentaba la Universidad de San Felipe con sus estudios de latín y derecho. Las provincias eran vida campesina pura, alterada por aldeas de mayor o menor importancia, unidas por caminos que apenas merecían ser llamados como tales.

En este escenario se desarrollaron los acontecimientos que culminarían con la Independencia de Chile.

Los primeros encuentros armados de la llamada Patria Vieja, terminaron con el desastre de Rancagua, en 1814. Los resultados se conocen: la rebelión patriota pareció liquidada. O'Higgins cruzó la cordillera con los restos de sus tropas. Iba, como ha escrito Neruda, "con la Patria en los brazos". Derrotado pero no vencido. Al otro lado lo esperaba la solidaridad americana y su digno comandante: el General José de San Martín.

Entre tanto, en Chile, se restauró el orden colonial. San Bruno con su garrote creyó poder paralizar la historia.

La prensa oficial, bajo la consigna de ¡Viva el Rey! tronaba denigrando la primavera de la Patria Vieja y saludaba el retorno colonial, como el regreso a un paraíso, que la insania de un puñado de ilusos se había obstinado en destruir. La "Gaceta del Gobierno", escribía:

"Es la experiencia, la más sabia, y más cierta maestra de los hombres, y ella por sí sola persuade con más fuerza que los pomposos discursos, ideas seductoras, promesas falaces, palabras alahueñas, estudiadas frases y sentencias capciosas que se valen los espíritus turbulentos, y fanáticos para sembrar la sizaña mortífera de la rebelión en los Corazones sencillos, incautos é irreflexivos. Así, para haceros ver ¡ó Pueblo!, el horroroso caos en que os sumergió nuestra rebolución injusta, y de que os ha redimido la beneficencia del excelso, conduciéndo bajo su protección especialísima al Ejército Real Pacificador, y á su dignísimo Jefe. Basta recordaros con brevedad los bienes que gozabais en los tiempos en que obedeciais fieles á vuestros legítimos Monarcas, y a los embiados por ellos; y los males que habeis sufrido en quatro años que ha durado la anarquía:

¿Qué era Chile antes de su pretendida, mal entendida Libertad, sino un pequeño disimulado Paraiso? . Su Cielo claro y benigno, su suelo ferasisimo en minerales, begetales y animales, ofrecía a sus habitantes a poca costa, y trabajo, riquezas, delicias, abundancias. Todos vivían al abrigo de las Leyes en sosiego".

Paralelamente a la reconstrucción del Paraíso Colonial que emprendía la reconquista, al otro lado de los Andes, San Martín y O'Higgins preparaban una nueva ofensiva patriótica.

La organización del Ejército de los Andes fue una empresa cuya magnitud resulta asombrosa para los recursos disponibles.

La movilización de más de cinco mil hombres adiestrados y equipados para el combate, representó un notable esfuerzo material y técnico: acopio de víveres, transporte, distribución y control. Se fundieron campanas de Iglesias para fabricar armas, se construyeron puentes colgantes transportables, etc.

En estos preparativos, dos emigrados de Chile jugaron un papel muy destacado: Bernardo O'Higgins, segundo Jefe del Estado y el sacerdote Luis Beltrán, quien aportó sus valiosos conocimientos de matemáticas, física y química.

La marcha del Ejército de los Andes, debió ser un espectáculo impresionante: cinco mil hombres, entre los cuales figuraban algunos centenares de esclavos negros, que habían ganado su libertad y miles de campesinos calzados con ojotas de cuero de vacuno, que eran la principal base social de las tropas; más de diez mil mulas cargando pertrechos y armas, mil seiscientos caballos y setecientas vacas como reserva alimenticia. En las empinadas alturas andinas, sólo sobrevivieron la mitad de las mulas y un

tercio de los caballos. Muchos soldados sucumbieron víctimas del soroche y el frío.

Chacabuco, Cancha Rayada y Maipú, pusieron a prueba el poder de este Ejército de campesinos y esclavos libertos, encabezados por un puñado de criollos ilustrados, movilizados por la causa común americana.

Luego las batallas de Chacabuco, el 12 de febrero de 1817, O'Higgins fue designado Director Supremo. Los hombres de la Logia Lautaro, núcleo revolucionario clandestino, tomaron el control del Gobierno de Chile.

En el aniversario de Chacabuco en 1818, se firmó el Acta de la Independencia de Chile. Bajo la firma de O'Higgins, se proclamó que "Chile sus islas adyacentes son libres de cualquier dominio extranjero y tiene derecho a darse el Gobierno que más convenga a sus intereses".

O'Higgins, veía realizados los planes que trazó en Londres con Miranda: su Patria era libre y sus hijos decidirían sobre la forma de Gobiernos que más conviniera a sus intereses.

La Patria nacía sin cerrarle ninguna puerta a la historia: el interés de Chile sería la brújula para guiar su destino.

O'Higgins como gobernante, debió deliberar desde el primer día una dura contenida contra los restos del antiguo régimen y sus aliados. Patrocinó la creación de un Tribunal Patriótico destinado a establecer la fidelidad de los ciudadanos a las nuevas Instituciones como requisito para ocupar cargos en la administración pública. Decretó la confiscación de bienes de prófugos. Puso en cintura a los recalcitrantes como el obispo de Santiago Zorrilla y llevó al paredón a San Bruno y a otros responsables de odiosos crímenes cometidos contra los patriotas.

Junto con tomar las medidas necesarias para afianzar el nuevo régimen en el frente interno, creó la Armada Nacional y compartió con San Martín la decisión de llevar la lucha al Perú, para demoler la principal fortaleza del colonialismo en América.

Con esta perspectiva, pese a la aguda penuria fiscal, se dispuso a colaborar con San Martín en los preparativos de la expedición que movilizó a más de cinco mil hombre por tierra y mar.

En 1821 las fuerzas patriotas entraban triunfalmente en Lima.

Los éxitos militares no compensaron, sin embargo, los perjuicios que las confiscaciones y otras cargas fiscales imponía el Gobierno para financiar la guerra de la Independencia, a ciertos grupos de la sociedad.

En el Sur, había resistencia para enviar a Santiago el trigo que el consumo de las tropas requería, privando a los productores de los beneficios de la exportación.

Las medidas económicas que aplicaba el Ministro Rodríguez Aldea, despertaban las iras de un elenco de opositores que alegaban perjuicios en sus negocios.

La decisión gubernativa de trasladar la Aduana de Santiago a



Valparaíso, como un medio de ejercer un control más directo sobre el comercio exterior, fue resistida. Las razones económicas eran variadas y poderosas, incluso se sostenía que la medida significaría pérdida de oportunidades para hacer matrimonios afortunados con mercaderes extranjeros para las niñas casaderas de Santiago.

Por otra parte, el reformismo social de O'Higgins, lo indispuso con las selectas familias que concebían la Independencia como un traspaso de la Metrópoli a sus manos, de la administración de un orden social y una escala de valores que estimaban inmovibles.

La tentativa de abolir los mayorazgos estremeció las columnas seculares del dominio territorial de los descendientes de los encomenderos; la liquidación de los escudos de armas y de los títulos de nobleza que excitaban el orgullo del núcleo elitario, pareció un agravio imperdonable. Su concepción del prestigio social fundado en el mérito y no en el privilegio pareció a la gente sensata de la época una novedad inaceptable.

Las dificultades cercaron al Director Supremo y erosionaron su prestigio: las exacciones fiscales, el control aduanero, el rígido centralismo contra el cual reaccionaban las provincias, aspiraciones que personificaban la creciente oposición de Freire en el Sur, los roces con el clero realista, la irritación de las familias principales por su espíritu renovador, el trágico fin de sus principales adversarios políticos, los hermanos Carrera y Manuel Rodríguez, se conjugaron hasta precipitar su caída.

Impotente ante la rebelión de las provincias, con Freire a la cabeza, definitivamente contrariado con los círculos más influyentes de la capital, abdicó en 1823 y marchó al destierro al Perú.

En el exilio se hizo cargo de la Hacienda Montalván que le asignó San Martín como compensación a su generoso aporte material a la causa americana. Pareció encontrar en su hacienda azucarera y en el calor familiar, el descanso definitivo del guerrero.

Pero su llama de combatiente por la emancipación americana no estaba aún extinguida: al arribo de Bolívar al Perú se ofreció de inmediato para ponerse a sus órdenes.

Se preparaba ya al lado de Bolívar para sumarse a la lucha cuando Antonio José de Sucre liquidaba en Ayacucho, el 9 de diciembre de 1824, la última resistencia española en América.

Para saludar la victoria, Bolívar ofreció en Lima una deslumbrante recepción, en la cual las damas más distinguidas lucían sus mejores galas y los altos oficiales sus uniformes de parada. Al banquete, el General O'Higgins, fue el único oficial de alto rango que concurrió de civil. El hecho no pasó inadvertido a Bolívar quien se le acercó y lo interrogó por esta singularidad: "Señor", respondió O'Higgins; "la América está libre; desde hoy el general O'Higgins ya no existe; sigue sólo el ciudadano particular Bernardo O'Higgins; después de Ayacucho mi misión en América está concluída".

El insigne soldado daba por terminada su tarea.

Al apagarse las llamas de la guerra vendría la paz y el trabajo creador; el imperio del pensamiento ilustrado, del nuevo orden jurídico y de la ingeniería. Ese era el sentido de su lucha.

El 27 de octubre de 1842, se apagó en Lima la vida de O'Higgins.

Nadie mejor que Neruda, ha descrito el significado de su ausencia en los años iniciales de la construcción republicana:

"Chile se iluminó como un salón cuando no estabas. En derroche un rigodón de ricos sustituye tu disciplina de soldado ascético y la patria ganada por tu sangre sin ti fue gobernada como un baile que mira el pueblo hambriento desde afuera."

### 3. Legado y Tareas.

El legado de Bernardo O'Higgins, es digno del recuerdo agradecido de nuestro pueblo.

Como soldado y estadista, constituye un ejemplo de entrega ilimitada a las tareas del servicio público.

Su vasta obra de libertador y gobernante, sigue abierta a los trabajos y los días del chileno:

Afianzar la soberanía para escoger las opciones del desarrollo como nación independiente.

Impulsar la renovación social como factor esencial del progreso nacional.

Visualizar el ancho horizonte de la Patria Grande Latinoamericana, como el marco real de su destino.

Es la consciencia del valor de legado que nos reúne hoy, 20 de agosto de 1974, aquí en Chacabuco en torno a su memoria ilustre.

Prisioneros en la patria que nos dio, seguimos fieles a su herencia y a su proyecto inconcluso.

El suelo de Chile no conoce el desencanto.

Y con Neruda repetimos:

"Pero hemos heredado tu firmeza  
tu inalterable corazón callado.  
tu indestructible posición fraterna  
y tú entre la avalancha segadora,  
de húsares del pasado, entre los ágiles  
uniformes azules y dorados,  
estás hoy con nosotros, eres nuestro,  
padre el pueblo, inmutable soldado".